
Don Bruno el Perverso

Javier de Viana

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 7594

Título: Don Bruno el Perverso

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 23 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 23 de agosto de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Don Bruno el Perverso

A Otto Miguel Cione.

Si por hombre bueno se entiende aquel que ríe siempre, que divierte á los demás con sus decires, que perdona ofensas y renuncia derechos, que infamado, tiene lástima por el infamador, que robado, prefiere perder su bien á abrirle la cárcel al ladrón; al que siente lástimas, compasiones y misericordias; al que, frente á la falta ó al delito, busca atenuantes en vez de agravantes... don Bruno Sepulveda no era un hombre bueno.

Todo lo contrario. Era estúpidamente honrado y recto; tenía un carácter absurdamente inflexible, y no existían para él sino hombres honrados y hombres pillos, hombres trabajadores y hombres haraganes. Para aquel á quien juzgaba dotado de las dos cualidades primarias de honestidad y laboriosidad, su bolsa estaba siempre abierta, por grandes ó por pequeñas sumas. Abría y reabría créditos y en ocasiones tomaba el grueso lápiz de carpintero, que usaba para sus apuntes, y borraba de un rayón una deuda.

Cuando alguien necesitaba de su ayuda para trabajar, su ayuda era segura; pero implacablemente impedía desensillar y le negaba un churrasco al gaucho vagabundo y haragán, que rueda de rancho en rancho imponiendo el prestigio de sus habilidades en el manejo de la guitarra y del facón.

Con tal carácter, don Bruno Sepúlveda, pasaba en el pago por un hombre malo. Casi siempre y en casi todas partes acontece lo mismo: al que es fuerte y justo, se le califica de malo.

A don Bruno se le acusaba de haber propendido á la captura y enjuiciamiento de varios gauchos rateros; de mantener amistad con el comisario, siendo el comisario de filiación política contraria á la suya; de haber quitado una chacra de maíz dada á un criollo que pasaba la vida en las pulperías, reemplazándolo por un *tano* roñoso que no paseaba, no jugaba, no bebía y era bestialmente trabajador, pero que no sabía bailar, ni

tocar la guitarra, ni cuidar un parejero... Y en esa forma y de esa índole, el capítulo de los cargos era interminable.

Un día cayó á la estancia Marciano Ruiz, muchacho fornido y de linda estampa.

—Vengo de lejos—dijo;—somos diez hermanos y en el campito de mi padre ya no cabemos... ¿Hay ocupación aquí pa un hombre juerte, trabajador y honrao?

Don Bruno clavó en éi sur, ojos acerados, y con su invariable voz grave, contestó:

—En mi casa siempre hay ocupación para los hombres fuertes, trabajadores y honrados... Quédese y probaremos, pero vaya sabiendo que el día en que falle una de esas condiciones, no tiene más que ensillar y marcharse.

—Comprendido—respondió Marciano.

La prueba fué satisfactoria. El muchacho resultó laborioso, activo, inteligente y honrado á carta cabal. Gradualmente fué ganando las simpatías del patrón, quien no las exteriorizaba en palabras, sino en continuo aumento de posición y de sueldo y con frecuencia regalos. A los cuatro años de su ingreso en la estancia, Marciano había llegado al empleo superior de mayordomo y poseía un buen plantel de vacunos que procreaban en el campo.

Y he ahí que al final de esos cuatro años, después de terminada la esquila, Marciano se presentó á don Bruno y le dijo:

—Patrón, vengo á pedirle que me arregle la cuenta, porque he resuelto darme.

Asombrado Sepúlveda interrogó:

—¿Irte? ¿Por qué?...

—Vea, patrón; yo estoy muy agradecido á los favores que usted me ha hecho, y por esa misma razón debo marcharme y me marcho.

—Está bien—replicó severamente el ganadero;

—pero también me debes dar una explicación y te la exijo.

Titubeó el mozo.

—¿Usted la exige?

—Sí, la ordeno.

—Pues bien, es esta: yo amo á su hija Inés, ella me ama... Poco á poco y sin pensar en lo que hacíamos, sin darnos cuenta, quizá, nos hemos ido dejando resfalar... Yo sería un loco si soñase con que Inés puede ser para mí... pero, como el cariño me ha cavao muy hondo y no puedo arrancarlo, es juerza que me vaya... Además, usted mesmo me albirtió que cuando dejase de ser juerte, trabajador ú honrao, debía ensillar y marcharme... He dejao de ser honrao, engañándolo á usted á quien tanto debo... y me marcho.

Don Bruno, que había escuchado en silencio,⁶ dijo con calma inmutable:

—Lo que me acabas de contar, ya lo sabía: me lo dijo Inés hace una semana y me he callado, esperando saber si seguías siendo honrado; tu proceder me prueba que lo sos más de lo que yo pensaba... Quedate y fija fecha para el casorio...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.